

Procesos políticos actuales en América Latina. Tensiones internas y externas en un contexto de crisis

Darío Salinas Figueredo *

Resumen

La premisa sobre la cual descansa la propuesta de este estudio se refiere a la profundización de las tendencias políticas actuales, en cuanto a su orientación hacia un cuestionamiento del neoliberalismo y el sistema de dominación en sus articulaciones internas y externas. La argumentación reconoce un contexto de crisis a partir de los “saldos” sociales del modelo hegemónico, sin perder de vista el deterioro de su legitimidad y, a la vez, la emergencia de procesos que buscan dinamizarse hacia proyectos alternativos de desarrollo e integración. América Latina, so reserva de experiencias particulares, es abordada como región y como parte de un sistema mundial, cuyas expresiones políticas se entroncan con las dinámicas hemisféricas, las cuales tienen en la conducta norteamericana a uno de sus principales ejes de articulación.

Palabras clave: crisis, neoliberalismo, hegemonía, desarrollo, integración.

1. LA PROBLEMÁTICA

René Zavaleta afirmaba que cuando la crisis es de verdad hasta el sujeto más desinformado, que habita en el lugar más remoto del mundo, sabe o intuye lo que está ocurriendo. Esa idea anticipa los contornos del dinámico y contradictorio escenario en que nos encontramos. La crisis ha dejado de ser un tema exclusivo de especialista, en la medida en que sus esferas de impacto se extienden y cada vez se vuelven más visibles. De ser así, conviene preguntarse sobre la importancia de saber apreciar el desenvolvimiento de esa crisis desde América Latina y volver a indagar sobre los objetivos en pugna. Interpretar la crisis actual es mucho más que un desafío intelectual. Por sus áreas de afectación, que incluye tanto la seguridad como la devastación de los recursos naturales en favor de la ganancia, es posible que estemos enfrentados a un asunto de supervivencia. De su interpretación depende que haya conocimiento disponible y por extensión la posibilidad de que en otro registro se generen respuestas de política. De su grado de comprensión depende el manejo de las estrategias y las formas políticas posibles para encarar sus expresiones locales y globales.

En la densidad de ese contexto, diversas dinámicas gravitan en la esfera social, gubernamental y estatal. Las propuestas de gobiernos progresistas electoralmente triunfantes son un indicador. Otro tanto puede registrarse en las expresiones sociales de recuperación de derechos ciudadanos y la diversidad de movilizaciones en torno a múltiples demandas. La proyección de algunos planteamientos orilla los fundamentos mismos del poder y sus mecanismos de dominación, abriendo espacios hacia una nueva agenda regional. El movimiento de tendencias que ocurre en el actual contexto de crisis, encuentra su prolongación en planteamientos sobre el orden regional, sus instituciones, la emergencia de actores intra y extra regionales, la reconsideración sobre los espacios y recursos de soberanía, las agendas de cooperación y las nuevas condiciones para los proyectos de integración.

*Profesor-investigador del Programa de Posgrado en Ciencias Sociales, Universidad Iberoamericana. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores del CONACYT y del Grupo de Estudios sobre Estados Unidos de CLACSO.

2. ¿CRISIS DEL MODELO?

Conviene decir que al hablar de modelo estamos significando un esquema económico-político de regularidad que corresponde a esta fase del capitalismo. El neoliberalismo puede asumirse como la expresión del capitalismo de este tiempo. A contramano de las tendencias mundiales de entonces, América Latina fue el laboratorio privilegiado de experimentos post-Estado benefactor, coincidente con la crisis y derrumbe del socialismo. Nuestra región se constituyó, cabe recordarlo, en el espacio social donde ese modelo se impulsó y donde más extensión adquirió asumiendo a su vez las formas más radicales. Así también, el ensayo social de propuestas políticas en registros distintos contra ese proyecto tiene en estas mismas latitudes sus expresiones actuales más nítidas.

Conectadas entre sí, dos de sus ejes fundamentales de instrumentación, y consecuencias a la vez, son la desregulación del financiamiento de la economía para la acumulación y la precarización de las relaciones laborales. Como proceso, todo esto ocurre articulado al sistema mundial. Estamos viviendo un período muy agresivo de la globalización, y la región en ese contexto se dinamiza como un gran segmento de la periferia que “ofrece” al movimiento del capital sus “ventajas competitivas”. Puede advertirse un conjunto de dinámicas emergentes que son parte de una matriz de cambios y que, a nuestro entender, en un marco de crisis acumula problemas y no pocos desafíos comunes (Estay, 2005).

Inscrita en la dinámica mundial que se desata entre 1988 y 1990, recién hoy parece percibirse mejor aquella conocida noción de Marx, según la cual el mundo entero sería un gran sistema de mercados interconectado. Una “aldea global”, donde los capitales, el trabajo y, en general, todas las mercancías, legales e ilegales, gozarían del espacio necesario y de las garantías para circular con unas condiciones nunca antes vista. Esta fase tuvo implicancias profundas. Por un lado, el difícil de desmontaje de la estructura previamente existente, y que en la experiencia de América Latina significó una fuerte arremetida intra-sistémica en contra del llamado “Estado benefactor”. Y, por otro, el desarrollo de los mercados en favor de las nuevas formas de acumulación cuya dinámica, junto con imponer una ampliación extendida de la esfera mercantil en detrimento de las garantías públicas, supuso la implementación de profundas reestructuraciones en el ámbito de las relaciones sociales. El resultado fue una remodelación completa de la sociedad desde su base hasta su cúspide (Martins, 2011).

La inserción a los mercados internacionales de estas economías periféricas, subdesarrolladas y dependientes, a la luz de su configuración histórica, ha planteado onerosas exigencias endógenas de competitividad que, por lo regular, se han visto enfrentadas a los requerimientos de un aumento de la tasa de explotación del trabajo, informalización del empleo y a muy diversas formas de exclusión y expropiación de los derechos sociales. El nuevo modelo al imponer su hegemonía trajo aparejado la exigencia imperativa de flexibilizar la estructura contractual e institucional de relaciones laborales, con el consiguiente debilitamiento de la capacidad de negociación y de representación de la ancha franja social donde se reconoce a quienes viven del trabajo. La lógica mercado-céntrica se ha caracteriza por presentar difíciles conciliaciones con organizaciones políticas sustentadas en fórmulas que han implicado algún esquema de participación ciudadana. Bajo el protagonismo del mercado fueron desplazadas desde el mundo del trabajo para domiciliar a sus ciudadanos en el mundo del consumo, y del mundo de la participación al de la exclusión. La mercantilización social que de todo ello resulta no tiene precedentes en la historia del capitalismo.

La reproducción de este modelo no ha podido garantizar las condiciones mínimas de gobernabilidad. Lo que por regla general concentra y polariza difícilmente puede generar consensos estables. El sometimiento a brutales exigencias de competitividad en los mercados ha sido su tónica y

que en la experiencia de América Latina ha producido un ahondamiento incomparable de las históricas desigualdades de clases, de regiones, culturales y étnicas.

Las políticas que se impulsaron para enraizar este modelo con las llamadas reformas de “primera generación”, las que en el caso de Chile se aplicaron “sin anestésicos” bajo dictadura militar, se orientaron al debilitamiento de las empresas estatales, la privatización y la apertura al exterior vinculando la organización de las economías al ciclo exportador, eliminando el funcionamiento de los controles reguladores sobre el mercado (Salinas y Tetelboin, 2005). Las siguientes reformas, las de “segunda generación”, impulsadas en contextos de democracias electorales, introdujeron variantes de financiamientos en la capacidad institucional del Estado, con campos de afectación en la salud, la educación y la seguridad social. Todas las reformas subsecuentes, se hicieron manteniendo incólumes los fundamentos sistémicos de privatización, apertura y desregulación financiera y la renuncia al principio del pleno empleo (French-Davis, 2005).

3. MOMENTOS FUNDAMENTALES

Su trayectoria supuso tres momentos diferenciados, cada uno de los cuales ha correspondido al predominio de corrientes conservadoras específicas en los principales gobiernos de las potencias capitalistas. El surgimiento constitutivo se encuentra asociado al triunfo de los conservadores en Gran Bretaña, con Margaret Thatcher (1979-1990) y al de los republicanos en Estados Unidos con Ronald Reagan en la presidencia (1981-1989). Tales experiencias articularon sus invocaciones ideológicas más definidamente conservadoras, posterior a la crisis del capitalismo del primer quinquenio de los años setentas. En la expresión criolla aparece emblemáticamente la imposición de la dictadura militar encabezada por Pinochet en la tarea de destrucción y refundación de la economía previa y una proyección temprana de los límites que el nuevo modelo estaba dispuesto a cruzar para imponer su hegemonía.

El segundo momento, al inicio de los noventa, tuvo sus principales referentes en los gobiernos de Clinton y Blair. Con el predominio sin límites del mercado y la apertura de la economía se ha deslizado durante este período una versión supuestamente más moderada del proyecto. Aquella fase reveló la extensión del poder hegemónico del modelo en las economías del centro, con la adhesión de gobiernos socialdemócratas como el de Mitterand y Felipe González, con seguidores en casi todos los países de la Europa Occidental erigidos en portavoces de la nueva globalización. Al abrazar el monetarismo ortodoxo se produjo el giro neoliberal (Anderson, 2008).

La articulación latinoamericana, con sus variantes ideológicas, pero que avanzaron por esa misma senda, tuvo su ratificación en los gobiernos de Salinas de Gortari, Carlos Menem, Paz Estensoro y de Sánchez de Losada. Parte de su prosecución se puede encontrar procesos con la misma matriz en el gobierno de Fernando Henrique Cardoso en Brasil, Carlos Andrés Pérez en Venezuela, Alberto Fujimori y de Alejandro Toledo en Perú y en los sucesivos gobiernos de la Concertación de socialistas y demócratacristianos en Chile. Aquella coyuntura, en la densidad del reordenamiento mundial con el fin de la Guerra Fría y del derrumbe del socialismo en Europa, fue la más propicia para la proliferación de elecciones de gobiernos neoliberales que se empeñaron por confirmar el “Consenso de Washington” alimentado ideológicamente con el llamado “fin de la historia” y el “pensamiento único”. El contundente triunfo del conservadurismo hizo que el ideal democrático se presentara congeniando con las reformas neoliberales. La expresión más remozada de este proyecto articuló sus políticas a partir de la fórmula de “productividad con equidad”, cuando sobre los escombros de la “década perdida” de los años ochenta intentó conformar un itinerario menos ortodoxo dentro de un esquema fundado en la combinación de Estado con mercado.

La tercera fase, que se extiende hasta nuestros días, corresponde a las muestras de agotamiento del modelo, el desmoronamiento del espejismo social inducido deliberadamente, en el sentido de que

esta economía permitiría un crecimiento sostenido, sin sobresaltos políticos ni crisis. Este ciclo se inaugura con la elección y posterior reelección de los republicanos con George W. Bush, cuyo proyecto impuso un tono todavía más duro al comando del bloque capitalista, coadyuvado por el clima de respuesta a los atentados de del 11 de septiembre de 2001. La senda se rigidiza con políticas agresivas por parte de Washington, sumadas a una economía en estancamiento. A este escenario se le debe sumar el exponencial crecimiento de la economía china y los lazos que rápidamente comenzó a tener con América Latina y el Caribe, contribuyendo de manera importante a cuestionar el peso tradicional de Estados Unidos. Para entonces las expectativas de distensión que supuso inicialmente el fin la Guerra Fría ya se había diluido, al tiempo que la economía mundial ingresaba a una nueva etapa de recesión y los primeros frutos del “retorno a la democracia” en la región latinoamericana generaba a su turno otros desencantos sociales. El saldo de aquel periodo fue interpretado como el tránsito de la “década perdida” de los ochenta a la “década frustrada” de los noventa. Esta estrategia no estaba para promover el desarrollo ni la distribución de sus frutos. La crisis, en su expresión financiera, a menos de un quinquenio del Consenso de Washington echó por tierra la idea del “efecto de derrame” en la inversión, el empleo y en los salarios.

El sistema como totalidad actualmente atraviesa por un período de crisis, que para algunos, es tan profunda como la del 1929. Aunque su epicentro se encuentra identificado con la economía de Estados Unidos, desde fines de 2008, y sus efectos alcanzan a prolongarse hasta las economías de Europa Central, su proyección hacia América Latina es algo haríamos muy mal en descuidar.

Los teóricos de la desregulación divulgaron la capacidad de equilibrio que se podría garantizar aplicando políticas de “libre mercado y que la globalización haría lo demás. En los hechos, la supuesta auto-regulación en el sector financiero condujo a una explosiva dispersión de riesgos a través de la bursatilización, la cual fue instalando una verdadera bomba de tiempo en muchas economías del capitalismo desarrollado. Los bancos y el sector financiero provocaron un colosal proceso de sobreendeudamiento. Los rasgos están pautados por la especulación como negocio, el movimiento de capitales y de los productos financieros en “nombre de la libertad” y la creación de aquello que en el concepto de Strange (1997) se ha dado en llamar un “capitalismo de casino”. Esta sus crisis haprovocado todo tipo de interpretación. Entre los ángulos de análisis destaca aquel que se relaciona con el sistema monetario internacional y con la capacidad de Estados Unidos para mantener un déficit comercial por el tiempo que se requiera. La respuesta de política económica consistiría, entonces, en una más efectiva regulación del sistema financiero. Una deficitaria “intervención estatal a favor de la sobrevivencia del capital financiero”, es decir, combatir “la crisis con los mismos mecanismos que la generaron” (Dos Santos, 2012: 57).

En la perspectiva conservadora hay una tendencia a minimizar los alcances de esta crisis. Cuando se afirma que estamos ante una crisis financiera parece que se alude solo un problema sectorial, que hacen falta por lo tanto ajustes “adecuados”, dando a entender que la economía integralmente está bien. Cuando las necesidades de la gente han sido sustituidas por las necesidades de la ganancia fundada en la especulación, sobre la base de expandir el consumo, el consumismo y el endeudamiento, lo que se provoca es un colapso del sistema con sus secuelas de desempleo y caída de la producción. Entonces, la crisis actual, es mucho más que financiera. La expresión se verifica en las expresiones de indignación social en prácticamente todo el mundo (Fazio, 2012).

El costo de la crisis se ha trasladado sobre los contenidos sociales vinculados a la categoría trabajo junto con la pérdida de derechos y el desmantelamiento de los servicios públicos. Es indispensable prever que lo más probable es que otro tanto ocurra desde las economías centrales a la periferia. Era tradicional que una crisis en el centro repercutiera de manera ampliada en América Latina con sus signos de derrumbe en los precios de materias primas y un agudizamiento de los desbalances internos con expresiones negativas en sus registros socioeconómicos. Esa fue la experiencia de los años ochenta.

En el actual contexto sus efectos no se han visto en la región. Las economías todavía pudieron mantener sus tasas de crecimiento sin mayores alteraciones. Los pronósticos frente a un panorama de conjunto, si bien arrojan algunas tendencias a la baja, éstas son marginales que no afectan (todavía) el funcionamiento general. Este es el comportamiento de las principales variables macroeconómicas entre el 2010 y el 2012, así como las proyecciones para el 2013: arriba del promedio mundial de crecimiento, por supuesto por debajo de China, pero arriba del G-8 y de Estados Unidos y muy arriba de la “Eurozona” que afronta crecimiento negativo prácticamente desde el estallido de la crisis (Comisión Económica para América Latina, 2013). La mirada hegemónica es soberbia, incluso afloran ciertas afirmaciones en el sentido de que la región “aprendió a prever”. En el último “Foro de Davos” hasta se habló de la “bonanza latinoamericana”. No nos engañemos. La casualidad no puede convertirse en virtud. Al respecto, dos reacciones argumentales. Uno. Si la economía latinoamericana no ha sido golpeada se debe a que el capital especulativo ha encontrado en los productos básicos o primarios un nicho para la ganancia, provocando que al menos los precios no se desplomen. Dos. Un factor nada despreciable es la demanda China cuya economía en dos décadas se ha convertido en el segundo socio comercial de la región. La “sabiduría” de quienes administran este modelo no es tal. La “ventaja comparativa” que el capital encuentra en las materias primas puede, según su cálculo especulativo y de ganancia, mutar mañana de lugar. Frente a esta supuesta “bonanza”, mientras el mundo se debate con crisis, lo que está ocurriendo detrás de la aparente estabilidad es la profundización de su “heterogeneidad estructural” y un acentuado proceso de re-primarización. La desaceleración de la economía global y el efecto de la crisis ya han enviado sus primeras señales cuando se registra un deterioro de la demanda externa, durante el 2012, reflejado en un crecimiento menor del valor de las exportaciones de la región, de acuerdo con la CEPAL.

4. TENDENCIAS Y CONTRATENDENCIAS

- I -

Cabe preguntarse hasta qué punto resulta lícito trabajar con la idea de que América Latina todavía se encuentra bajo la imposición de programas neoliberales. El cuestionamiento sirve para observar cómo los procesos actuales son el escenario de un debate importante en la política latinoamericana. El eje del mismo se sitúa alrededor de la hipótesis que se refiere al agotamiento del modelo en que se apoya (Sader, 2008). Más allá de la facticidad misma, lo que se puede entender razonablemente por post-neoliberalismo es su validez como categoría, cuya cobertura describe diferentes grados de cuestionamiento y diferentes formas de rechazo, sin que alcance a configurar una alternativa empíricamente consolidada.

Puede advertirse inequívocamente es el despliegue de un proceso transversal que, aunque de potencialidades y articulaciones heterogéneas, cruza a toda la región latino-caribeña. Entre sus variados referentes puede considerarse a los procesos gubernamentales y sociales de Venezuela, Bolivia y Ecuador, cuyas proyecciones en una perspectiva de cuestionamiento al orden neoliberal pueden considerarse los más avanzados. En una revisión más cuidadosa hay que considerar el peso renovado de las luchas sociales hacia proyectos alternativos dentro de un rango de avances y escenarios muy diversos. Estos referentes se encuentran en el *caracazo* de 1989, ante la respuesta social forjada contra un paquete fondomonetarista, el levantamiento zapatista de 1994, la llamada guerra del agua y el gas en Bolivia con un sentido social y político anti-privatizador que culmina con la renuncia en 2003 del presidente Sánchez de Lozada, la destitución ese mismo año del presidente Carlos Andrés Pérez que puso de manifiesto la fisura del sistema institucional venezolano, el derrocamiento por fuerzas populares movilizadas de gobiernos neoliberales en Ecuador y Bolivia entre abril y junio de abril de

2005, el desarrollo del movimiento estudiantil en Chile, especialmente durante el 2011 y 2012 y, a no dudarlo, el inusitado movimiento de resistencia y protesta popular en Brasil en junio de 2013.

En la trayectoria de este arco temporal (que registra importantes revueltas populares, de signos ideológicos diversos y composiciones muy heterogéneas) se construye un espacio analítico central donde comienza a dibujarse un nuevo mapa político regional. Sin que sean idénticas las experiencias de lucha, lo común es el contenido popular que en cada caso se conforma para bloquear o desmontar la aplicación o profundización de programas neoliberales, o para mostrar la insuficiencia de las políticas de contrapeso neoliberal. Desde una mirada esquemática es poco lo que se puede entender de estas experiencias, incluso el hecho de forjar sendas consultas plebiscitarias para la aprobación de lo que en algunos casos ha significado contar con una nueva carta constitucional, en medio de fuertes resistencias oligárquicas y arremetidas mediáticas conservadoras de los monopolios comunicacionales. Con estas experiencias se ha ido sembrando una perspectiva fundacional el sentido de la participación social como un asunto del poder político, todo lo cual va visibilizando los pilares de la dominación y los desafíos de los procesos de democratización.

Es en la complejidad de estas experiencias el lugar donde surgen las preguntas sobre el significado de los gobiernos electoralmente triunfantes, que tiene en el caso de Brasil de 2002 un punto de arranque en el desarrollo de esta tendencia. Son gobiernos que han hecho su lectura a partir de considerar que las invocaciones del neoliberalismo ya no produce la conformación de la mayoría necesaria para el triunfo. Sus promesas de modernización dejaron de servir para ganar elecciones (Elías, 2006).

- II -

Los cambios están en proceso así como la búsqueda de un rumbo distinto. Las nuevas configuraciones de fuerzas contienen los ingredientes para estudiar por qué no han podido avanzar más las políticas de “libre mercado” y sus tratados comerciales. En ese complejo juego de pesos y contrapesos, un momento político primordial constituye el freno que se le ha puesto en diciembre de 2005 a las pretensiones de llevar a todo el continente el proyecto “Acuerdo de Libre Comercio para las Américas” (ALCA) en Mar del Plata. Allí se pudo dimensionar el cuestionamiento a las concepciones conservadoras de integración, seguridad regional y cooperación hemisférica. Frente a los valores cultivados por el mercantilismo, la “competitividad” y las oportunidades del “libre comercio” (entre desiguales), han surgido referentes distintos como el principio del “comercio justo” o el del “intercambio solidario”. Allí están los que han coincidido en el impulso de propuestas diferentes de integración, tales como la Alternativa Bolivariana para Nuestra América (ALBA) y la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR), el Proyecto del Banco del Sur o el Consejo Sudamericano de Defensa que, junto con otros proyectos como Petrocaribe, son respuestas políticas en la configuración de nuevas propuestas de integración, el impulso de referentes multilaterales para el tratamiento de los desafíos comunes frente a la hegemonía estadounidense (Katz, 2006).

Por arduos que hayan sido los esfuerzos multiformes de trazar esta ruta, sin el beneplácito del liderazgo hegemónico, su notable significado político y potencial democratizador empalidecen cuando se focalizan los desafíos internos y externos que deberán afrontarse. En Paraguay, El Salvador, Nicaragua, Bolivia, Venezuela y en prácticamente todos los gobiernos de la UNASUR, resultaba crucial ganar las elecciones y proyectar un “buen gobierno” que recomponga el tejido social. Tales proyectos, conforme avanza en la implementación de su programa se va enfrentando de manera inevitable con el sistema de dominación en sus articulaciones internas y externas. Núcleo fundamental de discusión en la perspectiva de honrar el mandato popular, que nos vuelve a recordar la distinción entre gobierno y Estado y la distancia entre ganar elecciones y transformar el poder. En la trayectoria de esta discusión actual destaca la sugerente proposición Boaventura de Sousa Santos para entender cómo, de acuerdo con la experiencia reciente de América Latina, se puede “hacer con éxito un uso

contra hegemónico de instrumentos políticos hegemónicos como son la democracia representativa, el derecho, los derechos humanos y el constitucionalismo” (2010: 58). Cómo hacer avanzar la democracia profundizando la democratización, más allá de los límites de las políticas neoliberales avaladas por el Estado. He aquí un punto de tensión en las actuales condiciones del proceso político, porque la democracia que no transforma el poder no se fortalece y la experiencia post-transición de Chile, otra vez, puede ser sugerente (Varas, 2012; Garretón, 2012).

El reconocer en este juego de tendencias y contra tendencias la parte benéfica que se viene configurando en el escenario político regional no es desde luego para sacar cuentas alegres. La heterogénea oposición al neoliberalismo no implica en todos los casos un cuestionamiento a su sistema de dominación con sus soportes internos y externos. Este es un debate que concierne a la problemática de las alternativas. Los golpes de Estado como en Venezuela (2002), Honduras (2009) y el “golpe parlamentario” que culmina con la destitución del presidente Lugo en Paraguay (2012), las políticas de desestabilización o intentos de golpes, como en Bolivia (2008) y Ecuador (2010), hacen parte de este debate.

Tampoco, de otro lado, parece conveniente alimentar expectativas con relación al gobierno demócrata en el sistema político norteamericano. Hay que hacer un esfuerzo analítico más consistente para distinguir lo que el gobierno de Obama en un principio dijo que quiso impulsar y lo que efectivamente ha venido realizando. Aquel principio de “buscar a los terroristas en cada rincón del planeta” no ha sido reemplazado. La expansión de las bases, misiones militares y sus sistemas de espionaje por todo el mundo son rasgos de su presencia atestiguadas por las relaciones internacionales de este tiempo. Sus criterios estratégicos hacia América Latina, empezando por la permanencia del bloque contra Cuba, siguen vigentes. En la actual correlación de fuerzas, la política de Washington, más allá de su cuota de desprestigio y su crisis económica, conserva la supremacía militar, los instrumentos de coacción económica y financiera internacionales, y una gran capacidad de incidir en las conciencias a través del poderío mediático de que dispone.

La principal fortaleza en la disponibilidad latinoamericana es su capacidad para hilvanar los diversos posicionamientos en el campo político y diplomático que tiene una trayectoria. Baste recordar, por ejemplo, como en 2008 el Grupo de Río adquirió su actual fisonomía con la incorporación de Guyana, Haití y un poco más tarde Cuba. En 2010 durante la celebración de su 21 reunión, en la denominada “Cumbre de la Unidad” celebrada en la Riviera Maya, se dio el paso a la nueva Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC). La Declaración de Cancún, suscrita por los países de la región, se ratifica en la Cumbre de Caracas (CELAC, 2011). Por su naturaleza y composición, en su análisis cabe la consideración de un punto de quiebre con la trayectoria de la región con el monroísmo en cualquiera de sus expresiones. Sus propósitos están orientados hacia los requerimientos de la integración política, económica, social y cultural, así como sus objetivos están proyectados para la defensa del multilateralismo como medio para incidir en el manejo de los grandes temas de la región y la agenda global. En el apartado dedicado a crisis económica el nuevo organismo se pronuncia a favor de la creación de una nueva arquitectura financiera regional, incluyendo la posibilidad de realizar pagos en monedas nacionales y evaluar la creación de una moneda común, así como la cooperación entre bancos nacionales y regionales de fomento. Los dos aspectos centrales y probablemente los más concretos que firmaron los presidentes en Cancún son los rubros dedicados a “energía” y a la “integración física en infraestructura”. Sin perder de vista que se trata de un proceso, no es menos significativo que haya aparecido con especial fuerza el desafío energético. Son planteamientos, no exentos de dificultades, muy avanzados e imprescindibles, si se considera la importancia estratégica de promover la expansión de fuentes de energía, la socialización de experiencias y transferencia de tecnología sobre programas nacionales de biocombustibles y la producción de etanol (Rojas Aravena, 2012).

En la medida en que estos procesos modifican aquella relación entre EE.UU. y América Latina dentro de la cual se concebía la normalidad basada en la subordinación de los países en la región, no hay que desmerecer ninguna estrategia de respuesta. Precisamente en ese marco hay que entender la activación de una iniciativa concertada que parece moverse inicialmente en el campo de la relación comercial. La Alianza del Pacífico (AP), que reúne a Chile, Perú, Colombia y México posee todos los perfiles de un contrapeso para la recuperación de espacios ante las nuevas tendencias integracionistas y los acuerdos de cooperación que han venido proyectándose sin la presencia de Estados Unidos. ¿Reflotar el ALCA? Es muy temprano para saberlo, pero todo indica que aquellos objetivos estratégicos pueden reorientarse en el marco del nuevo escenario. Más aún, si se tiene en cuenta que la región Asia Pacífico es clave del crecimiento mundial al concentrar una porción muy importante de los flujos de comercio internacional. No debe extrañar, entonces, que la AP se una al Acuerdo de Asociación Transpacífico, que cuenta con el apoyo de Estados Unidos, y de algunos organismos como el Banco Mundial o el Banco Interamericano de Desarrollo, y que ha concitado el interés de otros gobiernos como el Costa Rica, Panamá, Canadá, España y Nueva Zelanda, entre otros. En atención a los paralelogramos de fuerzas regionales, lo que puede plantearse de manera plausible es la intencionalidad del poder hegemónico hemisférico de impedir que surjan y se desarrollen bloques fuera de su control.

Si bien la superpotencia se enfrenta a una disminución relativa de su capacidad de dominación, así como su gravitación económica global, no es menos cierto que esta tendencia no se traslada mecánicamente a América Latina. No sería exagerado, entonces, proponer que ante un debilitamiento relativo del imperio en la arena mundial y grietas en su hegemonía, se aferrará con más fuerza a “su patio trasero” y su estratégico entorno inmediato de seguridad. (Salinas, 2012). Su declinación global no necesariamente signifique un deterioro equivalente de su capacidad para controlar su tradicional “zona de influencia”.

5. EPILOGO

Así como América Latina fue inicialmente el escenario “privilegiado” del experimento neoliberal, hoy se encuentra transformado en el laboratorio de las respuestas más avanzadas frente a las expresiones de crisis que afecta a ese modelo. Mientras tanto, nos espera una difícil senda por transitar en dirección de la reconstrucción de una renovada conciencia regional, en la perspectiva de hacer prevalecer lo que nos une en América Latina y el Caribe. Es decir, la posibilidad de privilegiar los problemas y desafíos comunes, puesto que la superpotencia se empeña por ejercer un dominio ampliado con todos los medios a su alcance. Su estrategia comercial y su política de seguridad conforman actualmente un núcleo de desafíos para el análisis y la geopolítica regional.

De los diagnósticos disponibles en la historia política reciente surgen los referentes de lucha cuyos sujetos sociales han pugnado para cambiar su situación de exclusión y opresión. Esto ha hecho revivir a su turno la discusión sobre políticas, prácticas y proyectos alternativos al modelo de desarrollo dominante. Hay dos proyectos en conflicto que se dinamizan en un contexto de crisis del neoliberalismo y del capitalismo como sistema a nivel global. Su expresión alcanza hasta el perfil que adquieren los proyectos de integración. La disputa por la hegemonía de los procesos políticos se encuentra abierta. Esa disputa pasa por la disyuntiva entre la profundización de las transformaciones democráticas con sentido de autodeterminación, o las tendencias de recomposición conservadora con sus objetivos de infringir derrotas políticas al campo progresista y sus expresiones más avanzadas. El neoliberalismo está en crisis, pero está lejos de haber sido superado. Hay fisuras en la hegemonía, pero no existe un nuevo bloque en el poder. Si esto es así, hay que estudiarlo mejor desde el punto de vista de las dificultades en la construcción de proyectos alternativos, lo cual tiene que ver entre otras cosas con la falta de nexos entre esa enorme disposición social y la exigua articulación de ese potencial. Los

proyectos gubernamentales de reforma, en la franja regional en que esto ha venido ocurriendo, han logrado introducir correcciones importantes al modelo, los cuales hoy parecen enfrentarse a los desafíos políticos de repensar los límites y alcances de sus políticas. Conocer mejor la naturaleza de estas tendencias que ocupan el escenario estatal y sus contradictorios vínculos con la geopolítica hemisférica constituye, a no dudarlo, uno de los desafíos más importantes para el pensamiento político latinoamericano.

Referencias

- Anderson, P. (2008) El pensamiento tibio. Una mirada crítica sobre la cultura francesa. *Crítica y Emancipación*, 1, 177-234.
- CELAC, Cumbre de Caracas de la CELAC, (2011). *Declaración de Caracas*. 3 de diciembre de 2011. Caracas, Venezuela.
- Comisión Económica para América Latina (2013). *Balance Económico Actualizado de América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- De Sousa Santos, B. (2010). *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur*, Lima, Perú: Instituto Internacional de Derecho y Sociedad/Programa Democracia y Transformación Global.
- Dos Santos, T. (2012). Crisis estructural y crisis de coyuntura en el capitalismo contemporáneo. En D. Castillo Fernández y M. A. Gandásegui (Coordinadores), *Estados Unidos, más allá de la crisis* (pp. 41-60). México: CLACSO/Siglo XXI Editores.
- Elías, A. (2006). *Los gobiernos progresistas en debate. Argentina, Brasil, Chile, Venezuela y Uruguay*. Buenos Aires: CLACSO.
- Estay, J. (Compilador), (2005). *La economía mundial y América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Fazio, H. (2012). *Indignación. Causales socioeconómicas*. Santiago de Chile: Cenda/ LOM Ediciones.
- Ffrench-Davis, R. (2005). *Reformas para América Latina después del fundamentalismo neoliberal*. Buenos Aires, Argentina: Cepal/Siglo XXI Editores.
- Garretón, M. A. (2012). *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado: los gobiernos de la Concertación en Chile 1990-2010*. Santiago de Chile: CLACSO/ARCIS.
- Katz, C. (2006). *El rediseño de América Latina. Alca, Mercosur y ALBA*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- Martins, C. E. (2011). *Globalización, dependencia y neoliberalismo en América Latina*. Sao Paulo: Boitempo Editorial.
- Rojas Aravena, F. (2012). *Escenarios globales inciertos. Los desafíos de la CELAC*. San José Costa Rica: FLACSO.

- Sader, E. (2008). *Refundar el Estado. Post-neoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Salinas Figueredo, D. y Tetelboin Henrion, C. (2005). Las condiciones de la política social en América Latina. *Papeles de Población*. 44(2), 83-108.
- Salinas Figueredo, D. (2012). Estados Unidos: seguridad y defensa en las nuevas relaciones hemisféricas. En, D. Castillo Fernández y M. A. Gandásegu (Coordinadores). *Estados Unidos, más allá de la crisis*. (pp. 365-383). México: CLACSO/Siglo XXI Editores.
- Strange, S. (1997). *Casino capitalism*, Manchester: Manchester University Press.
- Varas, A. (2012). *La Democracia frente al poder. Chile 1990-2010*. Santiago de Chile: Editorial Catalonia.